



## IDENTIDAD Y VIVENCIAS DEPRESIVAS EN LOS ADOLESCENTES<sup>1</sup>

**Mercedes Valcarce<sup>2</sup>**

*Asociación Psicoanalítica de Madrid*

La elaboración de la identidad en la adolescencia forma parte de un proceso largo y difícil, rozando siempre la patología. Por la acción de este proceso, el adolescente irá aceptando - paulatinamente- la inevitable pérdida de los aspectos infantiles de sí mismo; y el desprendimiento de las partes regresivas que bloquean el camino para que queden establecidos los aspectos adultos y para adquirir la indispensable autonomía no omnipotente, con la que irá independizándose de sus lazos infantiles.

**Palabras clave:** Identidad, Afecto depresivo, Adolescencia.

The elaboration of Identity in Adolescence is a part of a hard and long process, nearby to pathology. By the action of this process, the teenager could be accepting, gradually, the inescapable grief of the infant parts of him/herself; and the detachment of the regressive parts that blocking the way to the onset of adult aspects as well as the indispensable autonomy free of omnipotence, resulting in progressive independence of their infant bonds.

**Key Words:** Identity, Depressive Affect, Adolescence

*English Title: Identity and Depressive Emotions in Teenagers.*

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Valcarce, M. (2009). Identidad y vivencias depresivas en los adolescentes. *Clinica e Investigación Relacional*, 3 (3): 715-724.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen33Octubre2009/tabid/645/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

Me parece que ya han sido introducidos ustedes en estas charlas, en una Psicología que tiene en cuenta el inconsciente y éste (el inconsciente) va a estar presente también en todo lo que yo voy a decir.

Hace unos cuatro siglos, Shakespeare escribía en *El Rey Lear*: “No es la lógica la que guía nuestras vidas sino unas fuerzas oscuras de las que sabemos muy poco” El primero que empezó con rigor (hace un siglo) a tratar de conocer estas “fuerzas oscuras” fue Freud y desde entonces, somos muchos los que seguimos intentando echar un poco de luz sobre tales fuerzas.

Podríamos enmarcar estas charlas dentro de tales intentos.

Para pasar ya concretamente a mi tema (adolescentes, vivencias depresivas...) empezaré por decir que, en mi opinión, el logro principal que debería conseguirse en la adolescencia es la adquisición de una identidad *suficientemente* sólida. (Nadie la tiene *totalmente* sólida).

Es decir, esa adquisición es lo que marcaría el final de la adolescencia, la entrada en la edad adulta (desde el punto de vista INTERNO). Aunque quizá nadie renuncia TOTALMENTE a la adolescencia (renuncia relativa)

Pues bien, en mi opinión, en este período de la vida -desde el punto de vista psíquico- la tarea esencial a realizar es la de elaborar una serie de duelos.

Aunque hay muchas definiciones y se ha escrito mucho acerca de en qué consiste elaborar un duelo, podríamos aceptar -para acercarnos al problema- una definición sencilla: elaborar un duelo sería llegar a aceptar e integrar en el mundo interno, las pérdidas sufridas en el mundo externo.

El adolescente TIENE QUE SUFRIR Y ACEPTAR varias pérdidas importantes y tiene que aceptarlas y elaborarlas para entrara en la adultez.

Por otra parte, toda elaboración de pérdidas, para serlo verdaderamente, consiste en un proceso largo y que exige pasar por sentimientos depresivos. (ADECUADOS – aunque no agradables, ni para el adolescente ni para el entorno del adolescente - en todo adolescente que esté evolucionando bien) En caso contrario, es sólo una negación maníaca.

Aunque -naturalmente- en cualquier elaboración sana, no siempre se está en estado depresivo. Hay momentos de negación de la pérdida y, por lo tanto, más o menos maníacos. (¿Cuáles son los momentos más duros para los padres?)

¿Y qué pérdidas tiene que elaborar el adolescente?

Podríamos resumirlas en las siguientes:

- Pérdida del cuerpo de niño-a, cuando los caracteres sexuales secundarios le ponen ante la evidencia de su nuevo *status*.

- Pérdida de materiales del cuerpo, al aparecer la menstruación en la niña y el semen en el varón.

- Pérdida de los padres del niño-a que se era.

Cada uno de estos duelos lleva implícitos otros. Por ejemplo, la aparición de la menstruación en la niña y del semen en el varón, imponen un nuevo testimonio de la definición sexual; y, por lo tanto, del papel que asumirá uno en la vida adulta. Esto exige la elaboración del duelo por la fantasía INCONSCIENTE del doble sexo, implícita en la

infancia. Aquí, es como si lo tuviéramos todo. Se querría (y, a veces se actúa, como si la realidad fuera así) que no hubiera diferencia de sexos ni de generaciones (aceptar estas diferencias una de las características de la salud mental).

En mi opinión, la actividad masturbatoria intensa que tiene lugar en la adolescencia además de ser -a nivel consciente- un intento de descargar las fuertes tensiones genitales, es también y sobre todo -a nivel inconsciente- un intento de negar omnipotentemente que se dispone de un sólo sexo y de que, para la unión, se necesita otra parte. (Se niega la NECESIDAD porque se niega que cada sexo esté INCOMPLETO).

Creo que -precisamente- por esta característica que tiene la masturbación, de negación omnipotente de la realidad el adolescente -independientemente de su código religioso o moral - queda siempre con un componente de angustia, aún cuando la masturbación haya podido lograr la descarga de tensiones. Vivencia INCONSCIENTEMENTE, que ha negado, que ha distorsionado la realidad.

Por eso creo que la masturbación adolescente, acompañada de fantasías de unión con el otro sexo, significa un mecanismo menos negador y -en mi opinión- de mejor pronóstico. La masturbación “en blanco”, implicaría, más omnipotencia, más narcisismo..

Y mi hipótesis es que el mayor o menor éxito en la elaboración de tales duelos está en la base de la adquisición de una identidad sexual adulta suficientemente sólida.

Sin embargo, no hay que olvidar que, en todo proceso psíquico penoso, como lo es éste de elaboración de varios duelos, surgen *mecanismos de defensa* necesarios; y que están en el “filo de la navaja” entre lo normal y lo patológico. En la adolescencia, (por eso, a veces asustan tanto a los padres) . Tales mecanismos están -naturalmente- al servicio de no deprimirse excesivamente y de negar las pérdidas.

Por ejemplo, incluso estados de despersonalización que pueden acompañar a la aparición de la menstruación o del semen (el “ése no soy yo”, que en otros momentos tendría un significado patológico) tienen ahora un significado más defensivo : de negar que es en el cuerpo propio donde se están produciendo esos cambios. que angustian tanto. Y resulta un mecanismo tanto más normal cuanto que -sobre todo, si los cambios son excesivamente rápidos- es imposible aceptarlos todos a la vez.

En el caso de que pudiéramos poner en palabras los complejíssimos procesos inconscientes, por medio de los cuales un adolescente -en una solución ideal- llegaría a aceptar la realidad, la expresión sería, mas o menos, la siguiente: “ya no soy un niño; he perdido mi cuerpo de niño; mis padres no son los padres de un niño, sino los padres de un adulto. Yo tengo que portarme como un adulto (incompleto), ya que mi cuerpo es el de un adulto (incompleto)”.

Pero nadie se convierte de repente en adulto. El problema es que el adolescente debe ser capaz de aceptar, al mismo tiempo, aspectos internos de niño y de adulto; aspectos corporales de niño y de adulto. Estas aceptaciones son muy fluctuantes pero de ellas irá surgiendo la nueva identidad.

Y, si el adolescente fracasa en la elaboración de tales duelos, no llegará a la identidad adulta y se instalará en la psicopatía.

Lo normal (y muy angustioso) en la adolescencia, son los cambios de identidad, rapidísimos y -seguramente- sólo a través de estos procesos tan cambiantes se consigue una identidad con una cierta solidez.

Lo que mejor podría describir lo que le pasa a un adolescente normal es lo que sucede con

el adulto que podríamos llamar “de mala fe”: es la persona de las mil caras, que se presenta como diferentes personajes -contemporáneos y contradictorios- según el ambiente en que se mueva. Cada espectador podría darnos de él versiones diferentes, tanto sobre su madurez, como sobre su bondad, sus emociones, su capacidad intelectual; e incluso, en un mismo día, sobre su aspecto físico.

Naturalmente, esto resulta un “peso pesado”, muy irritante, para los adultos del entorno.

Por eso se puede comprender que no sólo para el chico sea éste un período conflictivo sino también para los adultos que lo rodean, si esos adultos no comprenden profundamente el significado *defensivo* ( pero también madurativo ) que tienen muchas de tales conductas irritantes.

Para los padres -por ejemplo- es difícil, no adoptar conductas extremas: o una disciplina rígida; o el tipo de padres cuya incomprensión y rechazo se enmascaran otorgando una libertad excesiva. Libertad que, muchas veces, el adolescente vive -a nivel profundo- como un abandono. (Aunque, verbalmente, se rebele contra los límites)

No hay que olvidar que el adolescente, aunque pocas veces pueda reconocerlo, también vive el hecho de perder la dependencia infantil como una amenaza inminente, lo que forma parte de los peligros de asumir precozmente su identidad adulta. La dependencia infantil le es -a veces- muy necesaria todavía, lo que no quiere decir que esté dispuesto a reconocerlo de modo manifiesto.

Precisamente, entre los procesos de elaboración de los duelos -que incluyen ensayos permanentes de pérdida y de recuperación- hay algunos que afectan de modo especial a los padres, como -por ejemplo los mecanismos de defensa mediante los cuales el chico desvaloriza esas figuras primitivas de afecto, como medio de evitar los sentimientos de dolor y pérdida; o la búsqueda de figuras sustitutivas de los padres, a través de las cuales pueda ir elaborando el retiro de las cargas afectivas.

Tal fragmentación de las figuras parentales sirve a las necesidades de disociar los buenos y los malos padres. Pero la rebeldía frente a los padres -esencial en un proceso adolescente adecuado- sólo es posible cuando el sujeto fluctúa con el sometimiento a otras figuras que sustituyen a las originales.

El problema se complica – precisamente - por el hecho de que además de que el propio sujeto tenga, en realidad, un enorme miedo a su condición de adulto y reaccione con inhibiciones -aparentemente- paradójicas, también el mundo externo adulto tiene dificultades para aceptar el crecimiento del adolescente y le va poniendo vallas tanto para el ejercicio de su vida sexual como -en general- de sus aptitudes económicas y prácticas.

Es, precisamente, su sentimiento de impotencia por la continua frustración ante lo que puede hacer - de hecho - en el mundo real, lo que le hace refugiarse en la casi permanente planificación y en las ideologías.

Pero, por un círculo vicioso, tales ideologías y planificaciones le aíslan, cada vez más, del mundo. Aunque tal ruptura de gran parte de sus conexiones con el mundo externo, suele formar parte de un proceso normal y es sólo una manifestación más de su crisis de crecimiento: se aleja del mundo externo (donde quedan frustradas sus fantasías de omnipotencia) para refugiarse en un mundo interno, seguro y conocido.

De todos modos, aunque aceptemos la hipótesis de que es al final de la adolescencia, cuando deben quedar adquiridas las bases fundamentales de la identidad adulta, no olvidemos que ésta va a depender mucho también de las identificaciones infantiles; y que

todo está muy en relación no sólo con la elaboración interna que realiza el niño ,sino también con las pautas de conducta de su familia y de su sociedad.

Sin embargo, si todo ser humano necesita aceptar las pérdidas para madurar, quiero subrayar aquí que es -sobre todo- el adolescente quien necesita aceptar pérdidas y éstas son muchas para él. Si el adolescente negara los sentimientos de pérdida de modo continuo, como lo hace el psicópata, no habría preocupación ni por las personas ni por si mismo (Se convertirá en un psicópata). Las emociones quedarían negadas y por lo tanto, muy disminuida la capacidad de goce en la vida. En cambio, es la elaboración de toda esta serie de duelos la que le conducirá a una identidad adulta, que incluye la búsqueda de una pareja que le complete y la creatividad en el trabajo.

Insisto en que, en el otro extremo, está el psicópata (el que no se preocupa por el otro, lo desprecia, lo ataca) Y, precisamente, creo que la instalación en la psicopatía es debida a un fracaso en la elaboración de los duelos, con imposibilidad para alcanzar una identidad y una ideología genuinas, que le permitan llegar a ese nivel creativo.

Hasta aquí, he intentado subrayar los rasgos psicopáticos de todo adolescente que está llevando a cabo un proceso normal. Y ahora querría intentar señalar algunos otros rasgos que me parecen diferenciales.

- El psicópata tiene una especial intuición para saber lo que necesitan los demás y utilizarlo para mejor manejarlos en su provecho y controlarlos. En cambio, algunos rasgos autistas del adolescente normal le conducen a una cierta torpeza para comprender lo que pasa a su alrededor. Está más ocupado en conocerse a sí mismo que en conocer a los demás.
- En el psicópata, su compulsión a actuar le dificulta para pensar. Pero su continuo actuar no tiene el valor instrumental de adquirir experiencia. Por el contrario, el adolescente normal habla y piensa más de lo que actúa. Cree en la comunicación verbal y la necesita. Se frustra si no es escuchado y comprendido. E, incluso, se diría que es únicamente cuando se produce un fracaso continuado y repetido en esta comunicación verbal cuando siente la necesidad de recurrir a la acción. Esto resulta evidente en cierta compulsión a robar o a realizar pequeños actos delictivos que -a veces- se dan en el adolescente normal. La palabra, en el adolescente no psicópata, está investida de una cierta omnipotencia; y no ser atendido en las comunicaciones verbales implica para él, que no se le estima en su capacidad de acción. Esto explicaría su susceptibilidad cuando no se le escucha. Incluso creo que el fracaso en la comunicación verbal le puede conducir a acciones compulsivas. Se podría decir -quizá- que la palabra y el pensamiento cumplen en el adolescente la misma función que el juego cumplió en la infancia. Es decir, permiten la elaboración de la realidad y su inserción en ella.

POR OTRA PARTE, como el proceso de elaboración de los duelos es largo y doloroso, ante la angustia de no concluirlo nunca, surgen también otros peligros, como la adquisición precoz de una supuesta identidad, precozmente adquirida y que es , en realidad, una defensa.

Serían las llamadas personalidades “como si” (Deutseh, 1968) que parecen el resultado del fracaso de este proceso de búsqueda de identidad en la adolescencia. O, más bien, son personalidades que ni siquiera entraron en esos procesos conflictivos adolescentes y se instalaron en una identidad prematura y, por lo tanto, falsa.

(A veces, son los padres los que empujan... )

Tales personalidades serían el resultado de la imposibilidad para hacer una síntesis de las diferentes identificaciones, en una misma personalidad integrada y singular. Estos adolescentes son -aparentemente normales; con una capacidad intelectual intacta y expresiones emocionales que parecen adecuadas. Sin embargo, algo indefinido se interpone entre ellos y los demás, lo que hace que éstos se pregunten qué les pasa, ya que provocan una cierta extrañeza de la que los sujetos no son conscientes.

Yo creo que sus vínculos afectivos derivan de la imitación. En *realidad*, no experimentan calor ni afectos. Los demás sienten una falta de autenticidad en su conducta. Tales sujetos captan fácilmente las señales del mundo externo y procuran adaptarse externamente a ellas pero no experimentan -profundamente- los motivos de sus respuestas; se someten fácilmente a las influencias ajenas y son sugestionables, debido a su pasividad en las relaciones con los demás pero todo parece proceder de la imitación, sin que haya una verdadera sintonía interna.

Es decir, dos peligros acechan al adolescente: no elaborar nunca los duelos (instalación en la psicopatía, permanente adolescencia).

Hacer “como si”, precipitarse en una identidad (falsa)

### ¿QUÉ ENTIENDO POR IDENTIDAD?

Concretamente- para mí, la identidad, en una perspectiva que tenga en cuenta el inconsciente, sería -como dicen L. y R. Grinberg- (1973) “la resultante de un proceso de interacción continua entre tres vínculos de integración: espacial, temporal y social”.

El *vínculo espacial* comprende la relación de las distintas partes de uno mismo (el Self), entre sí; mantiene su cohesión, permitiendo la comparación y el contraste con las demás personas, objetos de nuestras emociones; y tiende a diferenciar el Self del No-Self (*quien soy yo, de quien no soy yo*). Este vínculo de integración espacial corresponde al *sentimiento de individuación Tiene mucho que ver con el cuerpo*.

El *vínculo temporal* apunta a señalar los lazos de unión entre las distintas representaciones de Mí mismo (Self) en el tiempo. Establece la continuidad entre ellas y pone las bases del *sentimiento de mismidad*.

El *vínculo social* se refiere a esa connotación social de la identidad y resulta de la relación entre aspectos de uno mismo y aspectos de esos otros que forman parte de nuestro entorno.

Pero tales vínculos no funcionan separados, sino simultáneamente e interactuando entre sí. Es decir, las distintas partes de uno mismo (Self) no podrán integrarse a través del tiempo, como no estén integradas espacialmente; y, sobre la base de tales integraciones espaciales y temporales, el sujeto podrá vincularse con las personas del mundo que le rodea (vínculo social), de modo realista y discriminatorio.

El sentimiento de identidad que resulta del proceso de interacción de esos tres vínculos, pasa por distintas crisis a lo largo de la vida, que deben ser resueltas mediante la elaboración de duelos y que se acompañan, por lo tanto, de sentimientos depresivos.

Las crisis principales me parecen las siguientes: destete, adolescencia; edad media de la vida (al estar más cercano el enfrentamiento con la fantasía de la muerte); y senectud (por el

aumento de las fantasías paranoides).

Para volver a referirme, concretamente, al adolescente, recordemos que el vínculo de integración espacial, se refiere a problemas que tienen que ver con el cuerpo, con el esquema corporal y con la identidad sexual. La actitud ante el propio cuerpo resulta esencial para la consolidación de este vínculo.

Pues bien, esa actitud ante el cuerpo es muy lábil en el adolescente, a consecuencia de todas las dudas que le surgen acerca de su cuerpo, al perder el cuerpo infantil y adquirir un cuerpo extraño. Por ello, el vínculo espacial se resquebraja en la adolescencia. Pero, en la medida en que se vaya haciendo más sólido el vínculo de integración espacial, el individuo irá adquiriendo un sentido de continuidad personal en el tiempo; y de continuidad en sus relaciones afectivas y sociales, ocurridas durante el transcurso del tiempo.

La percepción del cuerpo como unidad es la base para la noción del esquema corporal (Wallon, 1959) igualmente lábil en la adolescencia. Y no olvidemos que la identidad sexual se basa, también, en experiencias corporales.

De tales experiencias corporales forma parte importante la renuncia al cuerpo (sexo) que no se tiene. Porque *cada paso en la adquisición de la propia identidad y de lo que cada uno es, obliga a elaborar el duelo por lo que cada uno no es.*

El vínculo de integración temporal, se refiere a las relaciones entre las diferentes representaciones que tenemos sobre nosotros mismos, en el tiempo. Se consigue así el sentimiento de la propia continuidad, uno de los pilares del sentimiento de identidad, tan resquebrajados en la adolescencia. Tales integraciones temporales se basan en recuerdos de experiencias pasadas. Esos recuerdos incorporados y asimilados, posibilitan el reconocimiento de la identidad propia, a través del tiempo.

Tal capacidad para recordarse en el pasado e imaginarse en el futuro, hace que el individuo sepa que él es hoy, el mismo que fue ayer y que será mañana.

En condiciones normales, la persona no necesita preguntarse todos los días quién es; pero, cuando hay trastornos serios de la identidad (como ocurre en algunos cuadros patológicos y también en cualquier adolescente normal), aparece la confusión.

Matía, la adolescente protagonista de “la Trampa” (Matute, 1960) .... ¿”Qué clase de monstruo soy ahora?... ¿Qué clase de monstruo que ya no tengo mi niñez, y no soy, de ninguna manera, una mujer?” (el subrayado es mío).

Como también el vínculo temporal se resquebraja en la adolescencia, le es también muy difícil al adolescente, por ejemplo, el asumir una responsabilidad. Ésta implica un sentimiento de continuidad en el tiempo, que él no posee: sentir que es el mismo que era cuando pensó que haría aquello o que no lo haría. (Otro ejemplo corriente de tales fluctuaciones se expresaría en el deseo de cambiar la firma infantil, con dudas continuas sobre la nueva firma que no acaba de encontrar. Se repiten los ensayos en los que escribe su nombre una y otra vez, según distintos modelos, tratando de encontrar esa nueva firma que le representará mejor).

En cuanto al vínculo de integración social, éste se refiere a la relación entre aspectos de uno mismo y los miembros de la sociedad en la que el individuo vive.

En la adolescencia, la rebelión contra los propios aspectos infantiles se desplaza, de modo natural, a los adultos que representen la infancia y se atacan los lazos con estos adultos.

Pero toda identidad necesita de otra identidad para realizarse y actualizarse.

Laing (1964) ha insistido mucho en esta noción de complementariedad, básica para la identidad. En que es “el otro” el que nos complementa. Es decir, una mujer no puede ser madre, si no existe el hijo; y una mujer “se siente” mujer, en relación con el otro, que es el hombre. Y viceversa.

Por eso, en la adolescencia, cuando la identidad es aún tan lábil, el papel del “otro” es muy importante. De manera que, incluso, esos “otros” pueden empujarle en esta época a una identidad no deseada.

Importa recordar que el primer OTRO de todo ser humano está representada por la madre y que las primeras relaciones con ésta son fundamentales y -en gran parte- determinantes de la resolución de muchas de las crisis posteriores.

También creo que la primera imagen de “comunidad” que tiene el ser humano es la “pareja”. Y es una de las razones por las que creo que esa imagen de pareja es esencial desde los primeros momentos de la vida.

En el adolescente, algunas de sus crisis tienen que ver con la inserción (con encontrar el papel a desempeñar) en dos estructuras sociales: la familia y el marco social general de la comunidad.

Me parece que, en general, nos hemos ocupado más de la agresión por parte de los adolescentes hacia esas dos estructuras sociales, que de la violencia que éstas también ejercen sobre ellos. No hay que olvidar que los ritos de la pubertad – por ejemplo - desde la antigüedad, son un claro ejemplo de las severas limitaciones que siempre la sociedad de adultos ha impuesto a los adolescentes, por medio de claras prohibiciones, para que no se transgredan ciertas normas del grupo privilegiado, amenazados por las pujantes tendencias de los que vienen detrás a ocupar sus puestos.

Tensiones de este tipo, a veces muy fuertes, hacen más importante, en la adolescencia, la búsqueda de sustitutos parentales con los que los chicos se encuentran más libres de conflictos. ¿Por qué?. Porque dichos sustitutos suelen ser más capaces también de atender a sus aspiraciones que, a veces, suelen centrarse de modo agudo en el deseo de sentir que se ha roto con los vínculos antiguos, creando otros nuevos.

Pero, resumiendo, creo que estas tensiones de los adolescentes oscilan entre dos polos:

- El primer polo sería el sentimiento de una fuerte inestabilidad, causada por un lado, por sus propios grandes cambios biológicos y psíquicos; y, por otra también por la inseguridad de los adultos que le rodean.
- Y en el otro polo, estaría la búsqueda de un “continente” (“contenedor”) firme, que vaya dando solidez y estabilidad a su insegura identidad.

Dentro de esta búsqueda de algo que le “contenga”, para intentar consolidar su identidad, está el tratar de establecer en una determinada *ideología*.

También esta búsqueda da lugar a verdaderos cambios. El adolescente tiene que pasar -a veces- por verdaderas experiencias caóticas, con períodos de desorganización de los valores establecidos hasta entonces, para integrarse en una reorganización que va a llevarle hacia una nueva identidad.

En ciertos casos, pueden tener lugar regresiones especialmente intensas que recuerdan lo que Erickson describió como la “actitud abismal”, el “tocar fondo” que -según él- tendría que



ver con la fantasía inconsciente de un “nacer de nuevo” con otra identidad (Erickson, 1968)

Y si el intentar apoyarse en una determinada ideología es una de las vías por las que el adolescente parece intentar consolidar su identidad, nos interesa asomarnos, brevemente, a qué necesidades del individuo y de la sociedad satisfacerían los sistemas ideológicos.

Resumiendo bastante, podríamos decir que un grupo ideológico funciona como un “continente” que abarca y delimita, por un lado; y que, por otro, discrimina y consolida la identidad de los miembros que la constituyen.

Además, el grupo ideológico hace confiar en la supervivencia de la identidad de sus miembros, porque les propone un plan de vida -con vínculos sociales y temporales, que están asegurados por la pertenencia a un grupo- que tiene su continuidad en el futuro. Y ello, a causa de que, aunque los integrantes del grupo cambien o cambien las características de las personas, las fantasías (inconscientes) básicas es que la ideología se mantendrá fundamentalmente igual, a través del tiempo.

Yo creo que éstas serían algunas de las razones por las que el individuo se encontrará, dentro de un grupo ideológico, integrado y más completo. Sentirá los diferentes aspectos de su personalidad depositados en el grupo, controlados y asegurados; con el sentimiento de saber dónde están en el presente y dónde seguirán estando en el futuro.

En mi opinión, el aspecto de futuro que ofrece toda ideología es el elemento nuclear, en el que reside mucho de su fuerza y de su atractivo. Sea cual fuere su naturaleza; e, independientemente, de que sus valores sean auténticos o no.

Pero es el factor de continuidad, el que verdaderamente vincula a la ideología con la identidad, ya que ésta -la identidad- se caracteriza precisamente porque hace trascender la continuidad del sentimiento del Yo: “soy el mismo que fui ayer y que seré mañana...”.

Seguramente una ideología es necesaria siempre, para asegurar la identidad; pero también un sentimiento de identidad firme y coherente asegura la preservación de la ideología.

En cierto sentido, se podría decir que los individuos que comparten una misma ideología poseen elementos comunes en la estructura de su identidad. Lo que equivaldría a decir que cada cual “tiene la ideología que puede”.

Pero las ideologías puedan provenir de aspectos sanos o menos sanos de la personalidad.

Seguramente, si procede de los aspectos más sanos, se habrá llegado a la ideología como consecuencia de un largo proceso de elaboración: con crisis, cambio de ida y vuelta; y con una cierta lucidez en cuanto a los motivos y orientación de dicha elección.

Pero, cuando la ideología procede de aspectos menos sanos de la personalidad o de una identidad en crisis -como ocurre siempre en la adolescencia- ésta se abraza de un modo rápido y rígido, como consecuencia del miedo a asumir el largo proceso de elaboración; de la necesidad de negar la duda y la angustia, de un modo compulsivo e impostergable.

Pero si la adolescencia es el momento de irse acercando, lentamente, a una ideología coherente con la propia identidad, es verdad que el adolescente toma elementos muy importantes del mundo adulto que le rodea. Y sabemos bien que el campo de las ideologías adultas muestra, casi siempre, un panorama confuso y complejo, en el que el adolescente recibe mensajes numerosos y contradictorios, al mismo tiempo. Esto es lo que, a veces, puede empujarle ( por una actitud reactiva o por una negación desesperada de sus sentimientos de soledad) a una elección compulsiva y precipitada -casi siempre muy dogmática- para salir del caos; y para evitar el peligro de sentir una total confusión sobre su

identidad (quién es él); o, en otros casos, a una paralización y total incapacidad de elección.

L. y R. Grinberg (1973) ponen en relación esas ideologías dogmáticas -propias sobre todo de la adolescencia- con mecanismos que presentan idealizaciones y disociaciones extremas. La ideología propia acapara todas las virtudes y se pone todo lo negativo en las ideologías ajenas. Son ideologías saturadas, cerradas a toda posibilidad de cambio, rígidas, dogmáticas; y a las que el individuo se adhiere de modo fanático.

Usar la ideología de forma madura, sería, en cambio, usarla con disminución de la idealización y de la omnipotencia; no como una ideología saturada sino abierta al desarrollo y con tendencias reparadoras. Una ideología de este tipo correspondería, más bien, a identidades más maduras y sólidas, capaces de tolerar una flexibilidad, compatible con evoluciones y cambios, en lugar de la rigidez continua y del sometimiento.

Para terminar, querría insistir en la hipótesis principal que he intentado desarrollar: y es que la elaboración de la identidad en la adolescencia forma parte de un proceso largo y difícil, rozando siempre la patología. Por la acción de este proceso, el adolescente irá aceptando -paulatinamente- la inevitable pérdida de los aspectos infantiles de sí mismo; y el desprendimiento de las partes regresivas que bloquean el camino para que queden establecidos los aspectos adultos y para adquirir la indispensable autonomía no omnipotente, con la que irá independizándose de sus lazos infantiles.

El adolescente tiene que elaborar esos sentimientos depresivos que le producen las pérdidas. Esa elaboración y esos duelos son los que garantizarán "la adquisición y el mantenimiento de un sólido sentimiento de identidad, genuino y estable, que es -en última instancia- expresión de la salud mental" (Grinberg y Grinberg, 1971).

## REFERENCIAS

- DEUTSCH, H. "Algunas formas de trastorno emocional y su relación con la esquizofrenia". *Rev. De Psicoanálisis Argentina*. Tomo XXV, 2.1968.
- ERICKSON, E.H. (1980). *Identity. Youth and crisis*. New York. W.W. Norton and Co. Inc. 1968. Trad. Cast. "*Identidad Juventud y crisis*". Madrid: Edic. Taurus.
- GRINBERG, L. y R. (1971). *Identidad y Cambio*. Buenos Aires: Edic. Kargieman.
- GRINBERG, L. y R. (1973). Psicopatología de la identidad en el adolescente. en "*La identidad en el adolescente*" de Bleger, J. y otros. B. A.: Paidós.
- LAING, R. D. (1964). *El Yo dividido*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MATUTE, A. (1960). *La Trampa*. Barcelona: Edic. Destino.
- WALLON, H. "Kinesthésie et image visuelle du corps propre chez l'enfant". En Rev. "*Enfance*" nº 3 y 4. París, 1959.

## NOTAS

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el Círculo de Bellas Artes, Madrid, 4 de Abril de 2000.

<sup>2</sup> Mercedes Valcarce es Psicoanalista, Miembro Titular Didacta de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (IPA). Profesora (jubilada) de la Universidad Complutense.